

sagración bautismal. Preciso será que abramos los ojos, aunque tarde, para comprender la santidad de aquellas promesas, y la obligación que con ellas nos impusimos; obligación que hemos quebrantado indignamente, junto con aquellos votos tan santos y solemnes. ¡Oh! ¡Cuán tarde os he amado, hermosura antigua, y siempre nueva! ¡Perezca el tiempo que he vivido olvidado de mis deberes! He adorado, Señor, dioses extraños, con desprecio del supremo culto que por tantos títulos os debía. Siento dolor, y dolor grande, de no haber conocido ni estimado suficientemente hasta ahora, la excelencia é infinitas ventajas de tan santa vocación, prostituyendo mis primeros años á la culpa. Ratifico, pues, confiado únicamente en los auxilios de vuestra gracia, el contrato que celebré con Vos. Sí, Dios mío, yo y mis hermanos aquí presentes, volvemos á renunciar para siempre al mundo, á Satanás, á sus pompas, á sus concupiscencias, al pecado, á nosotros mismos, á todo, en fin, cuanto tenemos de la raza de Adán, para revestirnos de Vos, y vivir según las inclinaciones celestiales que nos inspiráis. Curad nuestras profundas llagas, y no permitáis que se vuelvan á abrir, pasándonos al bando de vuestros enemigos. ¡Oh Jesús! ¡Qué vacío tan horrendo queda en el alma que os deja para sumergirse en el lodo de los vicios! Preservadnos, Señor, por vuestra infinita misericordia, de tan espantosa calamidad.

Santísima Virgen, Madre del Verbo Encarnado, tened presente que también sois Madre de los que somos miembros de Jesucristo. Sed Madre de nuestra alma, ayudándonos con vuestra intercesión poderosa, á formar á Jesucristo en nuestro corazón. Alcanzadnos una parte de aquellas admirables disposiciones con que os presentasteis en el Templo, ofreciéndoos al Señor en amoroso holocausto. Suplid lo que de imperfecto y defectuoso haya en nuestro culto y en nuestras ofrendas, presentándonos al Padre Eterno, el cual no puede desechar lo que de vuestra mano vaya. Haced, finalmente, que empleemos las gracias que nos adquirió la sangre de vuestro divino Hijo, mereciendo recoger el fruto de ella un día en el templo de la gloria eterna.

DISCURSO

PARA EL DÍA 7 DE MAYO.

LA ANUNCIACIÓN.

PLAN.

EN ESTE MISTERIO SE DESCUBRE:

PUNTO PRIMERO.—El abatimiento de Dios.

SUBDIVISIONES.—1. En su naturaleza.—2. En su persona.—3. En sus perfecciones.

PUNTO SEGUNDO.—La elevación de María.

SUBDIVISIONES.—1. En su naturaleza.—2. En su persona.—3. En sus perfecciones.

PUNTO TERCERO.—Elevación y abatimiento del hombre.

SUBDIVISIONES.—1. Elevación.—2. Abatimiento.

Ecce concipies in utero et paries filium.
Hé aquí que concebirás en tu seno, y parirás un hijo.

(Luc., i. 31.)

EL plan de la redención del hombre encierra una infinidad de prodigios. ¿Qué cosa más para asombrar que un Dios desarmando su justicia y olvidando, si se me permite hablar así, su propio interés por otorgar merced al pecador? Y con todo, A. H. M., por admirable que sea el plan de la redención, son infinitamente más admirables los medios empleados para realizarla. Necesitábase que Dios se hiciera hombre, que el Verbo Eterno se encarnara; encerrando toda la inmensidad de su grandeza y de su gloria en el seno de una Virgen, reconociendo á esta misma Virgen por Madre suya, y sometándose con verdadera dependencia á ella. Ved aquí, H. M., por una parte un asombroso abatimiento, y por otra una sorprendente elevación. ¿Cabe mayor abatimiento en un Dios que desciende á ser hombre, en un Dios hecho carne, en un Dios sujeto á servidumbre y dependencia? Pero ¿cabe mayor elevación en una Virgen hecha Madre de Dios, dando el sér y la vida á Dios? Tal es, cristianos, el misterio que venera

hoy la piedad de los fieles y que la Iglesia admira: El misterio del abatimiento del Hijo de Dios, el misterio de la elevación de María. Pero este abatimiento y esta elevación deben inspirar á los hombres afectos de la más noble elevación, al par que del más profundo abatimiento. Acabo de exponer todo el plan de mi discurso: *Abatimiento de Dios*, primera proposición. *Elevación de María*, segunda proposición. *Elevación y abatimiento del hombre para honrar este divino misterio*, tercera proposición.

Hé aquí, H. M., la materia que demanda vuestra atención. Dadme vuestra gracia, Dios mío, para que guste y sienta las verdades tan importantes y esenciales á la Religión, y para hacer que las sientan y gusten mis oyentes.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

ABATIMIENTO DE DIOS.

A pesar de que todo lo que la fe descubre en Dios, sea la esencia misma de Dios, sin que se divida ni reparta, sábase, con todo, A. H., que la teología, acomodándose á la debilidad del entendimiento humano, distingue tres cosas en la Divinidad. Hay en Dios la esencia y la naturaleza; en esta naturaleza subsisten tres Personas, con las infinitas perfecciones que les son comunes. Fundándome en este antecedente, digo que al bajar hoy el Verbo Eterno del seno de su Padre al seno de una Virgen para revestirse en él de la naturaleza del Hombre, anonada, según la frase del Apóstol, su esencia infinita, su adorable Persona, y sus divinas perfecciones, abismando su soberana grandeza en lo más profundo del abatimiento. Para comprender lo que digo, elevaos, A. H., á investigar con la luz de la fe lo que es la esencia divina. Desde luego descubriréis que es un Sér independiente, sin principio ni fin, manantial fecundo de todos los seres, á quienes comunica vida y movimiento. No es otra la idea que la fe nos hace formar de la divina esencia. Por esto dijo Dios á Moisés cuando le envió á que sacara á su pueblo de la cautividad de Egipto, estas palabras: Si los israelitas te preguntan de quién vas enviado, les contestarás que te presentas á ellos por mandado de El que es; de Aquel que subsiste por sí mismo, sin reconocer ni principio ni superior: *Qui est missit me ad vos.* (EXOD. III, 14). Sin embargo, H. M., esa esencia infinita, esa divina naturaleza, ese soberano Sér, aparece hoy como anonadado en el venerable misterio de la Encarnación, tanto, que en cierto modo, deja de ser lo que es. No tenemos otro modo de explicar esa divinidad encerrada en la carne, en ese cuerpecillo que principia á existir, siendo hoy lo que ayer no era; no tenemos otro modo de distinguir el origen de todas las criaturas, el primer principio de todos los seres, en el niño

que acaba de aparecer con vida. ¡Oh profundo abatimiento! No sin razón al pronunciar la Iglesia las extraordinarias palabras que expresan este misterio *Verbum caro factum est* (JOAN. I, 14), dobla las rodillas para testificar, con esta humilde ceremonia, la nada á que Dios se humilla. ¡Oh prodigio de bondad y de misericordia, digno de nuestra eterna gratitud!

Pero hay que observar también, que el texto de la Escritura no dice que el Verbo se hizo hombre, sinó que se hizo carne. ¿Por qué así? San Cirilo propone una admirable explicación de este misterio. El sabio Padre de la Iglesia dice, que el hombre siempre acostumbró tomar el nombre, no de su conjunto, sinó de alguna parte de las que le componen; con esta diferencia, sin embargo, de que en el estado de inocencia tomaba el hombre su distintivo del alma, que era la parte principal: *Factus est homo in animam viventem* (GENES. II, 7); al paso que, después de su caída, toma el nombre de la carne: *Omnis caro corrumpat viam suam* (GENES. VI., 12). Según esto, la palabra «carne» es la más propia para expresar la humillación y bajeza á que el hombre ha venido. Bien sé, ¡oh Dios mío! que en otro tiempo, cuando queríais hablar con los antiguos Patriarcas, impaciente como estabais de aparecer visible á los ojos de los hombres, templabais vuestra majestad con la figura de una naturaleza vil, apareciéndoos á ellos en forma de cuerpo y carne prestados; pero también sé que aquello no era sinó aparente, acomodándoos aquel cuerpo, no por unidad de sustancia, pues que, siendo una carne extraña, no podía ser la unión ni real ni permanente, mientras que ahora os revestís de carne propia, y no en apariencia ni en figura, sinó como de vuestra naturaleza. Y esto es cabalmente lo que señala el último grado del abatimiento, presentándose como eclipsada la divinidad. Pero si vuestra naturaleza, Dios mío, parece anonadada, no lo está menos vuestra adorable Persona. Acerca de esto, H. M., podéis con San Agustín considerar el Verbo encarnado de dos modos: primero, con relación á sí mismo, á su generación eterna en el seno de Dios; y segundo, con relación á las criaturas de que es principio. En ambos casos le observaréis siempre abatido. Porque, ¿qué es el Verbo en sí mismo y en el seno de su Eterno Padre? La Escritura le da títulos extraordinariamente magníficos, llamándole, ora Verbo, ó Palabra eterna de su Padre, en cuanto expresa su divino pensamiento, concentrando en este elogio infinito todas sus grandezas, *Verbum Patris*; ora Unigénito del Padre, semejanza ó trasunto de su Majestad. San Pablo parece haber agotado todo lo que puede decirse de más elevado. Hé aquí sus palabras: *Qui cum esset splendor gloriæ, et figura substantiæ ejus, portans omnia Verbo virtutis suæ.* (HEBR., I, 3). ¿Es posible pronunciar cosa más augusta? El Verbo Eterno, dice el Santo Apóstol, no es solamente la gloria del Padre, sinó que también es el brillo y el esplendor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia, siendo el término esplendente de su conocimiento y de su infinita luz, la manifestación y destello de todas sus bellezas. ¡Oh! ¡Cuán grande y digno de admirar es todo

esto, sentada esta verdad! ¿Puede darse mayor oposición entre lo que se descubre en el Hijo de Dios, considerado en el seno de su Padre, y lo que presenta el Hijo del Hombre en el seno de María; entre el Verbo increado y el Verbo encarnado?

Porque, ¿qué es el Verbo increado? Si es increado, existe desde la eternidad; mientras el Verbo encarnado es producido hace un momento. ¿Qué es el Verbo increado? La sabiduría infinita y la eterna palabra del que le engendra; mientras el Verbo encarnado está como mudo y sin palabra. El Verbo increado es igual á su Padre, y la imagen sustancial de su Santidad; mientras el Verbo encarnado es siervo de su mismo Padre, esclavo de los hombres é imagen de los pecadores. El Verbo increado es principio del Espíritu Santo, produciéndolo con su soplo, respirándolo, *spirando*, como dicen los teólogos; mientras el Verbo encarnado viene á ser obra y producto del Espíritu Divino, no pudiendo respirar durante nueve meses; y si respira, es por medio de su Madre. El Verbo increado podía en el seno de su Padre enviar al Espíritu Santo, comunicándolo á los hombres; privilegio que le pertenece por la ventaja de su origen, autorizándole á decir *Spiritus quem ego mittam vobis*; mientras el Verbo no podía en la eternidad ser enviado por el Espíritu Santo. Con todo, ved aquí admirablemente invertido el orden en el misterio de que tratamos, puesto que el Hijo de Dios es enviado por el Espíritu del Señor: *Spiritus Domini misit me evangelizare*; de manera que el que antes enviaba, es ahora el enviado. Hay más aún. El Verbo increado es en el seno de su Padre figura de su sustancia, sustancia misma de la divinidad, mientras el Verbo encarnado es de la misma carne, de la sustancia misma que su Madre. ¡Oh Verbo increado! ¡Verdaderamente estáis oculto! ¡Con razón puedo exclamar con vuestro Profeta: *¡Vere tu es Deus absconditus!* (ISA., XLV, 15). ¡Cuán grande abatimiento en su Persona! Pero sabed, H. M., que no se abatió menos con relación á las criaturas.

El Discípulo amado, al hablar del Verbo Eterno en esta cualidad, pronuncia el oráculo siguiente: *Omnia per ipsum facta sunt*. (JOAN., I, 3). *Quod factum est in ipso vita erat*. (IBID., III, 4). Hé aquí compendiadas todas las grandezas del Verbo eterno en la plenitud de su excelencia, como lo nota con admirable oportunidad San Agustín. Explicaré estas maravillas si continuáis prestándome atención.

El Verbo increado es, respecto de las criaturas, su principio, en cuanto todas las cosas han sido hechas por él: *Omnia per ipsum facta sunt*; y ahora, por el contrario, como Verbo encarnado acaba de ser hecho y reducido á un estado en que no es capaz sinó de padecer, sin facultad de moverse por sí mismo. El Verbo increado inspira la vida á todos los vivientes, en términos que todo vive en él por excelencia: *Quod factum est in ipso vita erat*; y ahora, como Verbo encarnado, lejos de dar la vida á los demás, recibe de su Madre una vida sujeta, como toda la vida humana, á la ley de la muerte. ¡Qué antítesis! El Verbo increado descansa en el seno de su Padre como en un

trono: *Thronus tuus, Deus, in sæculum sæculi* (HEBR., I, 8), desde el cual dicta leyes é intima sus órdenes á los Angeles, á los hombres, á todas las criaturas, en calidad de Soberano; y ahora como Verbo encarnado, se encierra en las entrañas de su Madre como en una prisión oscura. ¿Qué más? El Dios que camina sobre las cabezas coronadas de los monarcas de la tierra; el Dios á quien los Querubines y Serafines sirven de escabel, según frase de la Escritura; el Dios que trae pendiente de sus dedos toda la máquina del mundo, se ve ahora imposibilitado de trasladarse de un sitio á otro, sin ser llevado por su Madre. ¿Y de dónde procede ésto? Procede de haberse Dios anonadado en su esencia y en su Persona, en sí mismo y con relación á las criaturas.

¿Y no se anonada en otra cosa? Sí, A. H. M. Se anonada también en sus perfecciones infinitas. Para demostrarlo, me bastaría señalar el abatimiento de su inmensidad por el que ha venido á ser un Dios abreviado, *Verbum abbreviatum*; como si dijéramos, un Dios estrechado por un cuerpecillo. Y ¿no abatió su poder constituyéndose en el extremo de la debilidad é incapacitándose para ejecutar acción alguna? ¿No abatió su bondad y santidad cargando sobre sí todos los crímenes y pecados de los hombres? ¿No abatió su soberanía pasando á ser esclavo, *formam servis accipiens?* (PHILIP., II, 7). Pero no bastaba aún. Todavía quiso descender á más profunda bajeza. ¿Cómo pudo ser éso? ¿Cómo pudo ser! Hablad vos, grande Apóstol; vos, que tan adelante penetrasteis en los abatimientos del Verbo encarnado. Oid, H. M., lo que San Pablo dice: *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*. (II. COR., V, 21). ¡Cosa, en verdad, bien estupenda! El Verbo increado, brillo y esplendor de la santidad del Padre Eterno, se ha hecho pecado; es decir, toma sobre sí las iniquidades de todo el mundo. Se ha puesto la marca más horrenda y execrable que puede haber; la marca del pecado. No cabe ya mayor abatimiento. En El se ha agotado la sabiduría y la omnipotencia de Dios; pues que Dios ni sabría ni podría jamás producir, ni pensar siquiera otra más profunda humillación: *Pro nobis peccatum fecit*. (IBID.). Os ruego, cristianos oyentes, paréis atención á lo que voy á añadir, y acabaréis de comprender el exceso, la profundidad infinita del abatimiento del Hijo de Dios en el misterio de la Encarnación.

Dios formó de tierra y ceniza al hombre á fin de hacerle menos costosa la humildad: *Quid superbis terra et cinis?* (ECCLI., X, 9), dice la Escritura. A pesar de ésto, H. M., á pesar de la imperiosa razón que tenemos para humillarnos, nuestra humillación es siempre imperfecta, como que no puede consistir sinó en la acción, y cuando más en la condición. De esto deduzco que el abatimiento del hombre no puede ser nunca sustancial. Pero ¿sucede lo mismo con la del Verbo Eterno en la Encarnación? Nó, porque el Verbo se humilló sustancialmente, revistiéndose de nuestra naturaleza. Hubo en ese misterio un anonadamiento de sustancia tal, cual nunca se vió ni puede verse. Observad, durante el curso de la vida del Hijo de Dios, y hasta en